

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

LA longevidad, mis queridos lectores, es, sin duda alguna, un arma de dos filos. En principio, cuando creemos poseer a la vida por que estamos en el disfrute de una esplendorosa juventud, no hacemos demasiado caso de ella. Hasta nos atrevemos a insinuar que tal vez una vida larga no nos proporcionará ninguna ventaja. Y hasta nos vemos, como a los pájaros en manos de los niños, al cuidado de nuestros bisnietos.

No lo deseamos, francamente. Como acontece con todos esos objetos que arrumbamos en el desván, una vez que nos dieron su dilatado servicio, así creemos que nos pasará también a nosotros. Donde quiera que estemos estorbaremos y hasta ni siquiera tendremos la condición de esos objetos que reposan bien tranquilos en el rincón que los dejamos. Nosotros, no; nosotros amargaremos la existencia a todos los que nos rodean con los problemas relacionados con nuestro pobre hígado en comienzos de putrefacción; con el difícil filtrado de nuestros riñones, con la arterioesclerosis, con...

Todo ello no significa otra cosa sino que entonces vivimos nuestra juventud y, por consiguiente, nos hallamos aún muy lejos del fin. Exactamente igual que nos ocurre cuando estamos muy distante de la fecha en que debemos cancelar una cuenta. No la prolongaremos por nada de este mundo, decimos. Pero luego...

¡Cuán frágiles son todas nuestras aparentes decisiones! Frente a la inmediata liquidación del tiempo, nuestra voluntad flaquea; pasamos de una opinión a otra muchas veces sin grandes respetos para nuestro personal prestigio; según la situación, como sea la perspectiva, así nuestro ánimo reaccionará en uno o en el contrario sentido. Y ahora, sí; ahora queremos, deseamos llegar a ser longevos sólo porque vemos venir inexorablemente hacia nosotros el terrible fin de nuestros días. Lo aceptamos incluso con diabetes, hasta con treinta de tensión que, como ustedes saben, no es ni más ni menos que una bomba atómica siempre dispuesta a explotar dentro de nuestras venas.

¿Por qué esto, señores? ¿No será porque en este punto se nos nubla un poco nuestra fe, como a San Pedro, y empezamos a temer al examen de la birria que suele constituir casi siempre el emborronado saldo de nuestra mísera vida? ¿O es porque comprendemos, naturalmente, que no se nos van a pasar tantísimas perrerías como hemos hecho? ¡Cualquiera lo sabe!

Sin embargo, os aconsejo que no os dejéis llevar de vuestro justo pánico. Aun nos quedan muchos días, ¡muchos!, quizás tantos como deseáis contando, naturalmente, con la voluntad de Dios.

Sí, sí; no lo dudéis. Ante nosotros se están abriendo horizontes que nunca hubiéramos podido sospechar. Viviremos como y cuanto

queramos y no se hará esperar mucho el momento en que veamos, junto a los quirófanos, un repuesto completo de vísceras y miembros humanos. Ya no padeceremos ningún dolor; al diablo con todas nuestras molestias. ¿Que se nos agujerea, como si fuera comido de la polilla, un pulmón? Pues, nada, hombre; eso no tendrá la menor importancia; nos llegaremos a un establecimiento de repuesto y se ajusta un pulmón bien conservado o mejor dos para que trabajen con más simpatía, y ya no nos quedará más que buscar al cirujano que nos haga el injerto.

¡Facilísimo!

Los riñones se colocarán con mucha más facilidad y su precio esperamos que esté al alcance de todos los bolsillos, a juzgar por los que tiene fijados Abastos. Vamos, que ya no nos moriremos ni con polvorones envenenados.

Estamos viendo aparecer una serie de lujosos establecimientos donde podremos encontrar, a despecho de la nueva cohorte de estraperlistas que aparecerán con toda seguridad, desde un estómago a prueba de tocino hasta una vesícula biliar en muy buen uso. En cuanto a las señoritas que tengan la desgracia de mirar a la treinta y una, nos las encontraremos en todas partes rebuscando un par de ojos, negros o azules, que sean una perdición, igual que los palomos ladrones.

Todo ello nos producirá mucho contento, es cierto; pero, ¿va a seguir el mundo arrastrando y agrandando todas sus condenables pasiones? Porque si la concupiscencia y la egolatría, esos dos grandes abismos en los que se está pudriendo la humanidad desde el comienzo de los siglos, van a seguir reinando sobre nuestras nuevas horas empapadas de atroz materialismo, no vale ciertamente la pena de que hombres meritísimos trabajen con tanto ahinco para prolongarlas. Ya tienen muy bastante nuestros semejantes con aguantarnos los sesenta y cinco o setenta años en que, creo, se cifra actualmente nuestra vida media.

¿No les parece a ustedes?

MARIANO E. CARDENAL

IDEARIO EXTREMEÑO

Sueños son los deleites, los amores, — la juventud, la gloria y la hermosura; — sueños las dichas son, sueños las flores, — la esperanza, el dolor, la desventura: — triunfos, caídas, bienes y rigores — el sueño son que hasta la muerte dura, — y en incierto y continuo movimiento — agita el ambicioso pensamiento.

JOSÉ DE ESPRONCEDA